

Migraciones y retornos: nuestra historia

Renato D. Alarcón, MD, MPH¹ y Graciela S. Alarcón, MD, MPH²

Nuestra migración del Perú a los Estados Unidos abarca claramente dos fases: la primera entre 1967 y 1972 y la segunda que se extiende desde 1980 hasta la actualidad, aun cuando en la última década y por razones de retiro, permanecemos en la patria por periodos más largos. El intervalo 1972-80, vivido en Lima, exhibe las realidades de la readaptación a la patria y los prolegómenos y vivencias que condujeron a la segunda partida. Las dos fases presentan diferencias en varios aspectos, particularmente su propósito fundamental y el juego de circunstancias en torno a cada una de ellas. Ambas conjugan experiencias familiares, personales y profesionales con la realidad socioambiental en la que se manifestaron y con nuestro propio contexto existencial.

Graduados en la Facultad de Medicina de la Universidad Peruana Cayetano Heredia (UPCH) (Renato en 1966 y Graciela en 1967), ambos, al igual que un buen número de condiscípulos en las dos promociones, nos habíamos propuesto, como paso casi obligado, realizar estudios de posgrado en programas hospitalarios de los EE.UU. a fin de



Graciela y Renato, 1967.



Graciela y Renato en su graduación (MPH) en Johns Hopkins University, 1972.

completar la preparación académica, asistencial y docente iniciada en nuestra *alma mater* y servirla entonces a nuestro regreso. Tal, el propósito de

¹ Titular de la Cátedra Honorio Delgado, Universidad Peruana Cayetano Heredia, Lima, Perú. Profesor emérito de psiquiatría, UPCH y Mayo Clinic School of Medicine, Rochester, MN, USA.

² Profesora emérita de medicina (reumatología), Universidad Peruana Cayetano Heredia, Lima, Perú. Jane Knight Lowe Professor of Clinical Immunology and Rheumatology, University of Alabama at Birmingham, USA.

nuestro primer viaje: reafirmación de una profunda vocación académica y deseo firme de retornar a la patria y servirla en el campo de la educación médica. Habíamos aprobado el examen del ECFMG (*Educational Council for Foreign Medical Graduates*) y ayudó en nuestra elección el hecho de que Renato fue seleccionado como beneficiario de una beca de un año en el Johns Hopkins Hospital de Baltimore, Maryland, dentro de un programa de intercambio con Cayetano Heredia, iniciado años atrás. La idea era continuar nuestro adiestramiento especializado (Residencia) por otros tres o cuatro años en Baltimore o en otro lugar del país. Llegamos a los EE.UU. en agosto de 1967, poco después de nuestro matrimonio.

Nuestra vida profesional se inició pues en Johns Hopkins y su afiliado el Baltimore City Hospital. Varios de nuestros compañeros de promoción coincidieron en Baltimore y ciudades vecinas (Filadelfia, Washington DC, Nueva York) constituyendo de esta manera una red de apoyo muy importante en ese momento de nuestras vidas. En esta primera migración, nuestra meta fue clara y definida. La adaptación a una cultura y a una práctica profesional muy diferentes a las de nuestra patria fue aliviada por el permanente contacto con familiares y amigos en el Perú y por la cercanía y la comunicación con otros miembros de la diáspora peruana. Los cinco años en Baltimore se desarrollaron en medio de una dinámica intensa: las exigencias de nuestro entrenamiento con la obtención de grados de magister en salud pública en Hopkins en el último año, el nacimiento de nuestras dos hijas mayores, Patricia y Sylvia, y las noticias de la patria -la caída del gobierno de Fernando Belaúnde Terry en 1968, la instauración del Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas, los cambios socioeconómicos y políticos más o menos radicales que sobrevinieron entonces- reafirmaron nuestro deseo de volver, atizado por cierta curiosidad y por el deseo de estar presentes en el nuevo escenario y dispuestos a cumplir con

la misión que la historia tuviera asignada a nuestra generación.

Retornamos al Perú en agosto de 1972, como jóvenes docentes de la UPCH. En aquel entonces, Cayetano Heredia estaba prácticamente a cargo del nuevo hospital, con el mismo nombre, construido por el Ministerio de Salud en el distrito de San Martín de Porres. Con las plazas ministeriales obviamente ocupadas, la Universidad creó posiciones de docentes adscritos con las que fuimos nombrados en el nuevo hospital. Podemos afirmar que la pasión con que asumimos nuestra labor clínico-docente, el apoyo de las autoridades universitarias y el entusiasmo de la comunidad estudiantil nos permitió materializar los primeros programas universitarios de las residencias de psiquiatría y reumatología, superando incluso obstáculos generados por la percepción errada de algunos médicos de planta (con nombramiento ministerial), que consideraban que estábamos usurpando su territorio físico y ocupacional dentro del hospital.

Estas circunstancias y sus exigencias nos mantuvieron también, en cierto modo, alejados del núcleo de la acción política en el país. A tres años de nuestro regreso, 1975, el gobierno del general Juan Velasco Alvarado fue reemplazado por el del general Francisco Morales Bermúdez y, cinco años después, la comunidad civil volvió al gobierno con el retorno de Fernando Belaúnde a la Presidencia, luego de las elecciones de 1980. Existe acuerdo en que la primera mitad de la década de 1980 marcó el inicio de cierta inestabilidad social con el advenimiento de acciones guerrilleras en zonas andinas y, más tarde, de acciones terroristas en zonas urbanas.

La familia en Lima aumentó con el nacimiento de Daniel en 1977. Nuestra actividad académica era ciertamente intensa y bienvenida, pero, como es de suponer, no representaba una fuente sólida de ingresos para el sostenimiento cotidiano. Tuvimos

que abrir prácticas privadas que permitieron asumir adecuadamente aquellas responsabilidades pero que abrieron áreas problemáticas en dos frentes: complicación y desmedro en nuestras actividades docentes y largos días de trabajo (literalmente, de 7 am a 11 pm) a lo largo de la semana con subsecuente limitación del contacto familiar, incluso en los fines de semana mayormente dedicados a descanso y recuperación. Gradualmente, dos convicciones plenamente planteadas fueron ganando terreno en nuestras deliberaciones: nuestro deseo de dedicarnos a una vida académica a tiempo completo y nuestro firme propósito de ofrecer a nuestros hijos las mayores y mejores oportunidades de efectivo cultivo y desarrollo personal y profesional en su futuro. Dos factores se agregaron a este cuadro. Uno, externo: amigos y colegas norteamericanos que, conocedores de nuestra vocación académica, nos instaban a regresar a Estados Unidos, probablemente uno de los pocos países en el mundo donde el trabajo puramente docente (*full-time*) permite una vida familiar no lujosa pero sí decente. Otro, interno: la nube de incertidumbre generada por las crecientes acciones de Sendero Luminoso, la equívoca respuesta gubernamental que tildaba inicialmente a aquéllas como “asaltos de grupos abigeos”. Quede claro, sin embargo, que hacia 1980, la guerrilla era, en Lima, más un rumor sobre acciones en zonas lejanas o aisladas del país que la amenaza concreta en que se constituyó a partir de 1985-1986 y llevó a la muerte a decenas de miles de compatriotas.

Fue así como, a principios de 1980, emigramos por segunda vez a los EE.UU. como docentes en los Departamentos de Psiquiatría y Medicina de la Escuela de Medicina de la Universidad de Alabama (UAB), en Birmingham. Vale la pena señalar que Alabama es un estado sureño, es decir históricamente ligado a la Confederación que, guiada por principios segregacionistas y francamente racistas, había enfrentado a la Unión (de Estados del Norte) en la Guerra Civil que se extendió de 1861 a 1865. Hacia finales del Siglo

XX, y aun en el momento actual, Alabama (cuya capital es Montgomery) es considerado un estado mayoritariamente conservador, aun cuando es justiciero señalar que Birmingham es una ciudad más diversa y UAB es, sin duda, su institución más liberal. De hecho, dados los antecedentes, nosotros nos planteamos claramente que si el ambiente sociopolítico resultaba difícilmente manejable, o volvíamos al Perú o buscaríamos un trabajo académico en otro Estado. En todo caso, deberíamos someternos a exigencias administrativas claramente establecidas, vgr. rendir y aprobar exámenes que nos permitieran obtener la licencia para practicar medicina en Estados Unidos (*FLEX*) y la certificación de nuestras especialidades en el país del Norte (los llamados *Board Examinations* de psiquiatría y medicina interna/reumatología). Tal fue, nuestro desafío inicial durante los dos primeros años de nuestra estada en Birmingham. En el mismo lapso, nos tocó ser testigos de la elección del primer alcalde de raza negra en la historia de Alabama, indudablemente un evento alentador. Nuestro nuevo destino profesional y familiar se hizo entonces realidad. La rápida adaptación de nuestros tres hijos a su nuevo ambiente, la ayuda de colegas y amigos peruanos y norteamericanos en la Universidad y en la ciudad y el apoyo de aquellos que nos invitaron a esta segunda incursión fueron también factores decisivos.

Un punto fundamental en las deliberaciones previas a nuestra segunda migración fue la definida e incambiable decisión de visitar el Perú por lo menos una vez al año y todos los años, no sólo para mantener el contacto vivo y pleno con familiares, amigos, colegas e instituciones profesionales y académicas sino para evaluar personalmente y hasta donde fuera posible los acontecimientos políticos y sociales en la patria. Lo reiteramos: No salimos del Perú en 1980 porque nos sentimos “asustados”, alarmados, desalentados o pesimistas: la guerra senderista no había llegado aún a Lima. Salimos en busca de condiciones más auspiciosas para nuestra actividad académica y, tal vez, por

el futuro de nuestros hijos. Pero jamás relegamos nuestro amor al Perú ni nuestro deseo de servirlo desde donde estuviéramos. Fuimos y somos testigos distantes pero cercanos —valga la paradoja, como lo explicaremos más adelante— de lo que ocurriría en el Perú en las más de cuatro décadas siguientes a nuestra segunda partida. Hemos vuelto a la patria cada año y creemos haber compartido con familiares, amigos y muchos compatriotas, momentos de dolor y de alegría, de angustia y de esperanza.

El periodo 1980-2000 marcó, sin duda, la etapa más dolorosa y más sangrienta de “la guerra sucia” y registró el gradual incremento de la violencia acercándose inexorablemente a las zonas urbanas, con Lima como su objetivo central, en base a la aparición del otro grupo terrorista, el MRTA. La creciente inquietud, tensión e incertidumbre perceptibles en las cartas y en las conversaciones familiares (durante nuestras visitas, que tenían lugar principalmente durante las fiestas de Fin de Año), era notable. La sensación de impotencia ante el avance terrorista graficado en bombardeos, asaltos, robos, matanzas o apagones, consumados todos en nombre de la “libertad” y la “justicia” y bajo la prédica de que “la desaparición del orden establecido” era la única ruta válida para la “Revolución” y sus huestes, se iban convirtiendo en temas únicos de conversación y correspondencia. La respuesta débil de hasta dos gobiernos al comienzo del periodo era punto unánimemente compartido. Había reuniones familiares durante nuestras visitas, por cierto, y aquellos temas eran inevitables sea como recuentos álgidos o, a veces, como fuentes de bromas y relatos cuestionablemente risueños.

Patricia, nuestra hija mayor, retornó al país donde nació cuando tenía 12 años, Sylvia a los 10 años, y Daniel solamente de tres años. Nuestros viajes de vuelta a Estados Unidos, luego de las visitas anuales a Lima, nos permitían analizar más o menos objetivamente los cambios observados. La situación se estaba agravando, indudablemente,

pasando del temor inicial al pánico colectivo, de una sensación de ignorancia a otra en la que el ejercicio de una negación minimizante e intencional ayudaba a sobrellevar días, semanas, meses y años de incertidumbre y pesimismo. Resultaba difícil hablar de resiliencia porque lo que veíamos era, más bien, una mezcla de profunda impotencia y tenues esperanzas. Ciertamente, nosotros sentíamos que nuestra salida del Perú en 1980 había sido una decisión afortunada en términos de tranquilidad, actividad profesional y vida familiar. Pero la angustia en relación al futuro de nuestra “familia grande” en la patria lejana era también una realidad innegable.

Y, esa realidad alcanzó su nivel más dramático y más doloroso en todo nuestro grupo familiar cuando, casi a medianoche del 8 de enero de 1990, recibimos en Birmingham, una llamada telefónica que desde Lima nos hizo Vilma, hermana mayor de Renato. Entre sollozos y voz quebrada, con palabras balbuceantes y entrecortadas, Vilma nos dijo que llamaba para contarnos de la desaparición de “Javiercito”, nuestro hermano menor, que contaba entonces con 41 años. Graduado de la Universidad Nacional de Ingeniería y profesor de la misma, además de ser dirigente de la Federación Nacional de Docentes Universitarios del Perú (FENDUP) y militante de izquierda, Javier era miembro del partido Unidad Democrática Popular (UDP) que participaba en el proceso electoral con miras a la votación en abril de 1990. Había viajado a Huancayo, a comienzos de diciembre 1989, para hacer campaña en favor del candidato presidencial de UDP; el 14 de ese mes llamó a su esposa Sonia para decirle que estaba cumpliendo su tarea, que era evidente que estaba siendo seguido por miembros de las “fuerzas paramilitares” de la época (“cosas de la vida” como señaló risueñamente) pero que, de todos modos, estaría de vuelta en Lima antes de Navidad. Un cariñoso “Hasta pronto” para Sonia y para Gaby y Adriana, sus hijitas de cinco y dos años, respectivamente, fueron las últimas palabras que Javier dirigió a su familia. Él jamás volvió.

Llamadas, cartas, denuncias, viajes y visitas en busca de información respecto a qué había pasado con Javier fueron, todos, esfuerzos inútiles. Escribimos a los dos candidatos presidenciales con mayores posibilidades en la contienda electoral que tenía lugar entonces, sin recibir respuesta alguna. Vilma y Sonia indagaron en numerosas oficinas y con muchísima gente recibiendo solo respuestas elusivas, indiferentes y hasta cínicas. Gradualmente, se hizo evidente que Javier era uno de los cientos de miles de “desaparecidos”, víctimas de una violencia irracional. Y, allí radica también la paradoja mencionada párrafos arriba: Estábamos físicamente distantes del escenario de una guerra fratricida pero esa guerra nos alcanzó en la entidad más íntima y profunda de nuestras vidas: la familia, nuestra familia. La guerra nos despojó de una vida valiosa, de alguien que fue hijo, hermano, esposo, padre y profesional ejemplar. Podíamos sentirnos bien por haber dejado el Perú antes de que el conflicto alcanzara los niveles sangrientos de fines de los 80 y la década del 90, pero jamás podríamos deshacernos del inmenso dolor de la partida de un hombre bueno –nuestro hermano– en esa patria a la que nunca habíamos dejado de amar.

Han transcurrido hasta hoy más de cuatro décadas desde que partimos por segunda vez hacia los EE.UU. Ambos hemos desarrollado una intensa actividad académica de la que ciertamente nos sentimos ampliamente satisfechos. Pero lo que hace esa satisfacción aún más plena es que, a pesar de la catástrofe de un conflicto político-militar y de sus consecuencias humanas, laborales, sociales, económicas y emocionales, jamás hemos perdido la fe en instituciones y vivencias tutelares como son la familia, la educación y la patria. Nos mantuvimos

cerca a pesar de que el desmoronamiento progresivo del país en los años 80 y 90, la breve estabilidad a la que siguieron luego demagogia, corrupción, improvisación, mediocridad, alevosía y oportunismo habrían decretado, en otros casos, distanciamiento y formalidades vacías. La tragedia impuesta por una pandemia cruel ha sacudido al país en muchas otras dimensiones, generando polarizaciones que por lo irracionales son mucho más despiadadas. Asumimos, sin embargo, que la esperanza subsistiría siempre como elemento sustancial de una vivencia colectiva que entraña responsabilidad y realismo.

Salimos nuevamente del país en marzo del 2020, al dictarse el cierre de fronteras y la cuarentena mundial. No obstante, esta nueva versión, este nuevo rostro de un exilio forzado y reiterado, hemos seguido siempre muy de cerca a nuestra familia, hemos seguido laborando consistentemente en tareas de nuestra universidad, participando modesta pero fervorosamente en actividades docentes, editoriales y heurísticas, como consejeros y mentores de colegas jóvenes. Igualmente, hemos continuado siendo miembros de instituciones profesionales y académicas peruanas. La migración, en nuestro caso, no ha sido ruptura ni mediatización; al contrario, ha sido en todo momento convocatoria persistente y retorno tenaz. Ni la patria, con todas sus tribulaciones ni nosotros, con nuestras dudas e interrogantes, jamás nos hemos dicho adiós.

Correspondencia:

Renato D. Alarcón
alarcon.renato@mayo.edu

Fecha de recepción: 04-07-2022.
Fecha de aceptación: 18-07-2022.